

Dana Hart



TAMARA

Tamara usaba una raya al medio partida justo al centro de la cabeza, con gran perfección, como si hubiese usado una regla, una escuadra o una tanza. No era muy graciosa, ni la más extrovertida, ni la que más llamaba la atención en un grupo dado de gentes.

En su mochila cargaba uno o dos aerosoles, que sonaban cuando bajaba o subía por el cordón, por las escaleras, la micro o el metro. Rayaba una “T” en los vagones, envuelta en un círculo, que también tenía tatuada en el pie. A veces la retaba algún señor con mirada de fanático. O la perseguía algún policía de tránsito, sin ninguna jerarquía.



Vivía en una casa grande, de esas en las que habita una gran cantidad de primos, primas, tías, tíos, abuelos, abuelas y algún que otro amigo que va a quedarse de paso. Siempre estaba rodeada. Tenía pocos minutos para estar sola, y eso le molestaba bastante.

Cuando entraba al baño, alguien golpeaba enseguida la puerta pidiendo entrar. No había paz en el living, ni en la cocina. Siempre alguien estaba haciendo algo frito, cargando el ambiente con un olor tóxico. Gritos. Mal humores. Televisores prendidos a todo volumen. Más o menos lo que puede verse en la mayoría de las casas. Gentes. Gentes yendo. Gentes viniendo. Más o menos despeinadas. Más o menos descalzas.

Y Tamara era una de esas gentes. Yendo y viniendo. Del mercado a la casa. De la casa al trabajo. Usaba un uniforme medio ceñido al cuerpo, en la cafetería en la que trabajaba. Un lugar, en el que al mediodía vendían sushi, y a la tarde ofrecían cafés con tortas. Una mezcla un tanto rara, pero exitosa.

El dueño del lugar, hacía pesas y usaba unos lentes negros. Corría de la cafetería, a otro restaurante del que también era dueño. Y del restaurante, al supermercado, en el cual tenía diez cajeras y veinte reponedores.

Cuando daban las 18 hs., en punto, Tamara salía del lugar a toda prisa, dando por finalizada su jornada de trabajo. A partir de allí, tenía el mundo por delante y para ella. No era mucho tiempo, pero para ella era todo. Después del horario de trabajo, comenzaba su vida.

Tenía gustos simples y baratos. Le gustaba el olor del suavizante para la ropa o del líquido lustrador del suelo de su habitación con fragancia a bebé. Pasaba el trapero y se quedaba sobre la cama, mirando arriba, en silencio, absorbiendo el olor en el ambiente. Se bañaba con el agua hirviendo, antes de ser interrumpida, bastante segura de que el mayor privilegio posible era poseer agua corriendo por la llave a la temperatura indicada por su cuerpo.

Salía a caminar, entre paradero y paradero, dejando su marca en los rincones oscuros de la ciudad.

Una tarde, cuando todavía no daban las ocho, y el cielo cambiaba a un color negro-azulado, mezclado todavía con los rojos y naranjas del atardecer, pasó frente a un paradero en el que vio a una joven sentada, con el cabello teñido de morado en las puntas y un aro en la nariz.

Le llamó la atención que la chica, la mirara fijamente, sin despegar ni pestañar, como si estuviera visiblemente enojada o malhumorada. Sin pensarlo dos veces, le preguntó:

- ¿Todo bien?
- ¿Qué? ¿Eh? Si, perdón, todo bien.
- ¿Qué pasa?
- ¿Cómo que qué pasa? Nada, ¿por?
- Algo te pasa, puedo verlo en tu mirada...
- No me conoces, no creo que puedas ver nada en mi mirada...
- Sí, hay algo ahí, justo en tus ojos, puedo verlo.
- ¿Ah si? ¿Qué?

- ¿Estás aquí sentada? ¿Sola? ¿Qué edad tienes?
¿Qué haces?
- ¿Y por qué preguntas esas cosas, eres policía?
¿No dijiste que podías ver, cosas en mis ojos, y resulta que no sabes nada?
- Estás aquí, sentada, sola, no tienes ni dieciocho años, ¿qué haces? ¿qué estás por hacer?
¿estabas por...?
- ¿Estaba por qué? ¿Qué sabes? ¿Qué te importa?
¿Qué te interesa lo que estoy haciendo o lo que estoy por hacer o lo que voy a hacer? ¡Si a ustedes no les importa nada!
- ¿A ustedes quiénes?
- A ustedes, los demás... Porque yo sí que puedo verles, tan ocupados, tan llenos de cosas que hacer, con tanto carrete, tanto alcohol en el cuerpo, tanto alcohol en la sangre. ¡Yo sí que los veo!
- ¿Qué ves?
- Que están solos, solas, envueltos en nada, tristes, sin futuro, sin pensamientos positivos, sin saber hacia dónde dirigirse. Todo lo que les prometieron

era falso, nada se cumplió, era una mentira hasta las expectativas más profundas que tenían...

- ¿A quién le hablas? ¿Qué ibas a hacer? ¿Te ibas a tirar frente a la micro?
- ¿Qué les importa? ¿Qué te importa a ti? ¿Quién eres? Vete. Me estás estorbando. Necesito estar sola.
- No necesitas estar sola. Nadie necesita estarlo. Y no lo estás. Estoy aquí. Pasé por aquí. Te vi. Te veo. No estás sola. Estoy a tu lado. Te puedo hablar y puedes hablarme. No voy a decirte nada ridículamente estúpido y de auto-ayuda, lo prometo.
- No vas a decirme nada como “¡juntas podemos!” y toda esa patraña. “Unidas venceremos” y eso que dice la gente. “Ponle ganas”. “Tú puedes”. “Creo en ti”... Yo misma, hice trizas este paradero tres veces. Tres. Y lo han vuelto a reconstruir.
- ¿Qué necesitas que te digas?
- Necesito que me digas que esto va a cambiar, que no va a seguir así, que es imposible. Necesito que

me digas que es materialmente imposible que esto siga igual. Que hasta Hollywood va a cambiar. Que hasta las estrellas van a cambiar. Que hasta el Increíble Hulk va a salir a luchar. Y que esto fue un impass. Todo esto fue un impass. Años de impass. Siglos de impass. Pero que ya pasaron. Que caerá...

- Caerá... Inevitablemente caerá...
- ¿Cómo lo sabes?
- Lo veo.
- ¿Lo ves, como que me iba a tirar?
- Lo veo como que no te tiraste, porque decides tirarlos a ellos, derribarlos, que caigan, al suelo, piedra sobre piedra.
- ¿Y si no puedo?
- ¿Y si no puedo?
- ¿Y si puedo?
- ¡Si, puedo!

*** Tapa en base a fotografía de Corazón de Escarcha**



www.danahartescritora.com